

*Meditación del día*  
COMENTARIO A LC 24, 15-35

Jueves 18/7

Lc 28-29 : *Cuando llegaron cerca del pueblo adonde iban, Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron: «Quédate con nosotros, porque ya es tarde y el día se acaba». El entró y se quedó con ellos.*

Comentario

Jesús hace "como si" se fuera a otra parte, solo, por la noche.

Igual que antes había fingido no saber nada, ahora finge dejar a los discípulos. También esto forma parte de su hábil pedagogía. Recordemos que los discípulos todavía le ven como a un "extraño", todavía no le han reconocido.

Jesús no se impone. Espera un gesto, una invitación.

Y la invitación llega y se expresa con insistencia y con cálidas palabras de humanidad: Pero ellos insistieron: quédate con nosotros, porque se hace de noche; lo que equivale a decir: no queremos que te pongas en camino solo, en la oscuridad de la noche, entre los peligros y las fatigas del camino; ven con nosotros, te acogeremos en nuestra casa; te abriremos la puerta porque confiamos en ti. Compartiremos la cena, podrás descansar, pasar una noche tranquila. Ha sido tan bueno estar juntos a lo largo de este camino; ¡ya no eres un extraño para nosotros, sino un amigo!

Y en los discípulos hay también un deseo de reciprocidad: este forastero les dió palabras que los reanimó, les dió alimento para la mente, alimento para el corazón, cuando estaban faltos de ideas y hambrientos de cercanía.

Querían corresponder con lo que tenían, con lo que podían dar: un poco de compañía, una comida juntos, un lugar seguro donde dormir.

Imagino el corazón contento de Jesús, la alegría de sentirse acogido y poder así disponer de más tiempo para entregarse a los discípulos. Y la alegría, sobre todo, de descubrir que las semillas sembradas en su corazón habían germinado: los dos discípulos de Emaús demuestran con sus palabras de hospitalidad, que han comprendido el corazón del mensaje de Jesús: ama a tu prójimo, ayúdale en la necesidad, comparte lo que tienes, abre tu corazón, mira al forastero como miras a un amigo.

Recordemos que "la única grandeza del hombre se basa en el amor al prójimo" (Boros).

Al mostrar hospitalidad hacia el forastero, cuando aún no han reconocido en él a Jesús, los discípulos realizan lo que recomienda san Pablo en la Carta a los Hebreos: " Perseveren en el amor fraternal. No se olviden de practicar la hospitalidad, ya que, gracias a ella, algunos, sin saberlo, hospedaron a los ángeles." (Ebrei 13,1-2).

Es algo que hay que recordar siempre. Estas palabras de Pablo dan escalofríos cuando pensamos en los extraños que rechazamos.

Jesús partió de aquí, de la hospitalidad hacia todos y también hacia las partes oscuras, escondidas dentro de nosotros, hacia la oscuridad y la suciedad que hay en nosotros, que Jesús sabe acariciar con su ternura, abrazar con su misericordia.

Observo también otro aspecto en el pasaje evangélico de hoy: son los discípulos los que dan a Jesús y él recibe de ellos el don de la hospitalidad.

Jesús en los evangelios se pone repetidamente en el lugar de los necesitados de ayuda: recuerdo su petición de un poco de agua fresca a la samaritana en el pozo, y su petición de compañía a los discípulos durante la noche de la pasión en el Huerto de los Olivos...

Jesús anhela nuestra amistad, nuestro amor, nuestra ayuda.

¿Cómo habría sobrevivido Jesús recién nacido si no se hubiera apoyado en las manos inexpertas de la niña que le dió a luz? Indefenso, vulnerable, dependía totalmente del amor valiente de su jovencísima madre y de la conciencia honesta y tierna de José.

Dios es un padre que promete la salvación, pero viene como un hijo y nos pide que lo acojamos en nuestros brazos, que lo alimentemos y lo mimemos.

*Dios nos necesita.*

Este es el misterio más grande y quizá más difícil de aceptar: Dios acurrucado en mis brazos, pidiéndome cuidados y leche para crecer en el mundo.

"Él depende de nosotros para amar al mundo y mostrarle cuánto lo ama" (M. Teresa de Calcuta).  
"En definitiva, es Cristo quien ama en nosotros" (Francisco, GE, 107 y 21).

También podemos ofrecer hospitalidad a Dios, decirle: ven a mi casa, me alegraré de tenerte cerca; compartiré contigo lo que tengo, te hablaré de mí y escucharé lo que tengas que decirme. Serás mi mejor amigo. Ven, ¡los dos necesitamos abrazarnos!

En cada una de nuestras oraciones y Eucaristías recordemos renovar esta invitación: ¡Te abro mi corazón, ven! Aquí hay sitio para ti, ¡ven! Es un lío confuso mi corazón, lo sé, pero tú me amas, ¡ven!

Este hacerse hospitalario, hacer espacio en uno mismo para Dios, con menos desorden en el corazón para acogerlo, es quizá lo más importante que podemos hacer. Porque todo parte de ahí, de dejarle el espacio y la libertad de actuar en nosotros.

Podemos relacionar este gesto hospitalario de ofrecimiento de los discípulos de Emaús con otros dos momentos de la Misa: el Credo de la profesión de fe y la ofrenda de dones. Al decir Creo, digo confío, te quiero conmigo y te ofrezco lo que tengo.

"Quizá no estamos acostumbrados a pensar en la Eucaristía como una invitación a Jesús para que se quede con nosotros. Nos inclinamos más a pensar que Jesús nos invita a su casa, a su mesa, a su comida. Pero Jesús quiere ser invitado. Sin invitación, se irá a otros lugares.

Es muy importante darse cuenta de que Jesús nunca se nos impone. Mientras no le invitemos, seguirá siendo un desconocido ....

El *Creo* es el gran sí: Sí, confiamos en ti..." (Nouwen).

Y ahora, como aún nos quedan unos minutos, como hoy hemos llegado al ecuador de nuestro camino, al tercer día, propongo recapitular los pasos que hemos dado tras las huellas de los dos

discípulos en los últimos días, observando las coyunturas narrativas del pasaje del evangelio de Lucas elegido para esta conferencia. Es un ejercicio, creo, que nos depara sorpresas iluminadoras.

Hasta ahora hemos leído tres secuencias narrativas, una por día.

Si observamos con atención, nos daremos cuenta de que cada una de estas secuencias es abierta, es decir, que su desenlace no está prefijado, sino que depende de la libre elección de los protagonistas.

Tomemos la primera secuencia, que leímos el martes: los dos discípulos discuten por el camino, Jesús se acerca sin ser reconocido y formula una pregunta, a la que los dos responden.

Jesús pregunta: "*¿Qué es esta discusión que tenéis entre vosotros por el camino?*". Lo que sigue a esta pregunta no es nada evidente. Pensemos un momento: los discípulos tenían varias opciones. Ante el encuentro con el desconocido y su pregunta, había muchas posibilidades de reacción. Podían, por ejemplo, haberse sentido molestos por el desconocido, sintiéndolo como un intruso (recordemos que estaban tristes y metidos en sus propios asuntos, encerrados en sus propios problemas). Para quitárselo de en medio, podrían haberle contestado groseramente (¿en qué te metes? Son nuestras cosas) o cortésmente (lo siento, no tenemos tiempo, tenemos prisa) o no contestarle en absoluto, limitarse a lanzarle una mirada molesta, irse al otro lado de la calle y acelerar el paso.

Los discípulos toman una decisión diferente: se sorprenden por la pregunta impertinente del hombre que parece "fuera de este mundo" y deciden que merece la pena hablar con él. Jesús les lanza la pelota y los discípulos no la sueltan, sino que se la devuelven. Es un hecho decisivo porque, como los discípulos están de viaje, para hablar con él deben aceptarlo como compañero de viaje.

Vemos ahora la tercera secuencia, que hemos escuchado hoy: se hace de noche, los discípulos invitan a Jesús a quedarse con ellos y Jesús acepta.

También aquí vemos a los discípulos en una encrucijada del relato: no estaba dicho que decidieran acogerlo. Después de un agradable paseo con aquel desconocido al que resultaba tan fascinante escuchar, podrían haberse despedido cortésmente de él, agradecerle mucho lo que les había explicado, desearle buen viaje y buenas noches. De este modo nunca le habrían reconocido, sus caminos se habrían separado y la historia habría terminado ahí.

Verás, te estoy sugiriendo que leas el Evangelio como si fuera un "libro bifurcación" o un libro-juego, esas historias que tienen varias alternativas posibles que el lector puede elegir, identificándose con un personaje. Sus elecciones condicionan el desarrollo de la trama, dando lugar a múltiples finales. Son libros que podemos agrupar bajo la fórmula: "Elige tu propia aventura".

Al identificarnos con la historia de Lucas, nosotros también podemos "elegir nuestra aventura". Vemos que en cada "bifurcación del camino" los discípulos eligen jugársela, optando libremente por la alternativa más desafiante, que es también la más creativa porque produce un nuevo segmento de la narración que tiene una importante función transformadora en la vida de los discípulos:

- acogerlo como compañero de viaje les permite escuchar las explicaciones de Jesús sobre las Escrituras y sentir cómo arde su corazón;
- acogerlo en su mesa como invitado permite a los discípulos reconocerlo.



**TORINO 2024**  
13° raduno  
internazionale

Reflexionar sobre ello es esclarecedor. Nos hace darnos cuenta de que nuestra vida siempre tiene un final abierto, y de cómo podemos, mediante opciones generosas y creativas, cambiar el final, dirigirnos hacia el final más hermoso.

En una palabra: las situaciones, los encuentros que nos ofrece la vida son oportunidades para crecer en conciencia, amor y libertad, como quiere Jesús.

Somos libres de aprovechar o no las oportunidades y desperdiciarlas o hacer de ellas oportunidades de crecimiento.

Creo que cada uno de vosotros tendría muchos testimonios que aportar al respecto. Os traigo un pequeño ejemplo.

Mientras escribía este comentario, en enero, estaba en casa y llamaron a mi puerta, un extranjero, magrebí, que viene de vez en cuando. Se llama Jalid y lleva una bolsa con calcetines, chalecos y pequeñas alfombras para vender. Mi primera reacción en el interior, al verle -sin ser visto- a través de la ventana, fue este pensamiento: ¡hago como si no estuviera en casa, tengo tanto que hacer! Dentro de siete días hay que hacer el comentario para el congreso de los ENS y ¡¡¡Jalid es un charlatán!!!

Entonces otra voccecita dentro de mí dijo: ¡¡¡pero no puedes echarle!!! Tendrá frío, ¡abre la puerta y ofrécele un té caliente!

Hice caso a la segunda voz, pero a regañadientes, porque cuando dejo de escribir, me cuesta volver a centrarme después y me entra la ansiedad de no poder cumplir los plazos. Entre todos los malabarismos mágicos que tengo que hacer para mantener juntos mi trabajo universitario, mi trabajo evangelizador y ser abuela de cuatro nietos, incluso media hora de trabajo perdida se convierte en un problema...

Abrí a Jalid. Nos sentamos a la mesa y pasó más de una hora antes de que se fuera. Esa hora pasó volando, ni siquiera me di cuenta de que pasaba.

Jalid, bebiendo tranquilamente su té caliente, sin prisa, como si no notara mi ansiedad, me habló de su religión. No sé por qué la charla cayó inmediatamente en este tema. Me dijo que, según el islam, en aquel momento me estaba haciendo un regalo. No le entendí. Jalid continuó: Sí, te estoy haciendo un gran regalo, porque te estoy dando la oportunidad de ser mejor, como Alá quiere que seamos. Si yo no hubiera venido, no habrías tenido la oportunidad de ser hospitalario con alguien y tu corazón habría estado más cerrado, y a Alá no le gusta eso. Pero a tu Dios tampoco le gusta. Porque en esto estoy convencido de que tu Dios y mi Alá piensan igual.

¡Qué gran enseñanza! Cuántas veces he descubierto perlas de sabiduría que me han iluminado en las palabras de los pobres, de los extranjeros, de los creyentes de otras confesiones, de los incultos, de los diferentes a mí.

Si les escuchas, te permiten ver las cosas desde otra perspectiva y esto puede ser esclarecedor y permitirte en la próxima encrucijada de este apasionante y difícil juego que es la vida hacer la mejor elección.

"Nuestro destino como cristianos: dar y pedir. Dar el don para que otros nos den algo. Dios quiere que pidamos limosna a los demás. Nos exige que nuestra humildad tome la forma de la mendicidad. En todas las situaciones de la vida". (Boros).

